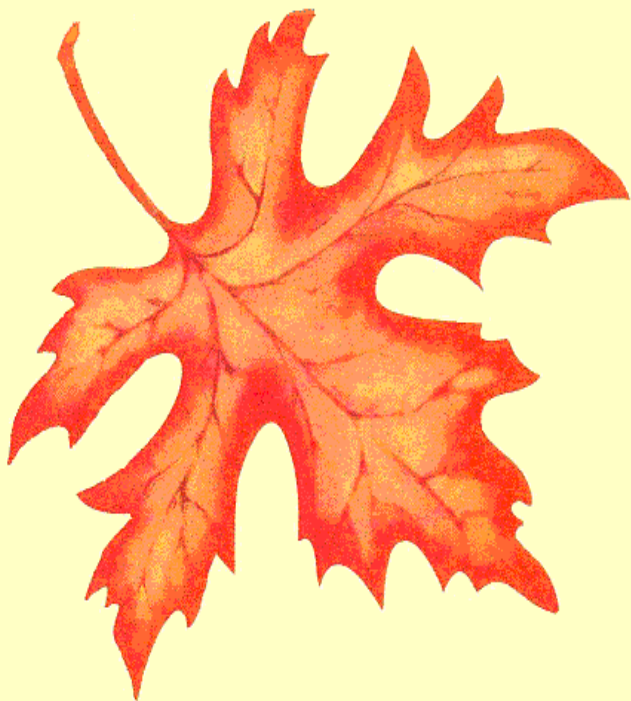


Llamadas Oportunas

La Única Paz de la Mente

Vol. 1

Nos. 7, 8



¿Qué Es Lo Que Hace A Uno Elegible?

Laodicense O Davidano - ¿Cuál?

MEDITACIÓN PARA LA ORACIÓN DE APERTURA

Daré lectura en el libro *El Discurso Maestro de Jesucristo*, pág. 90, 91, comenzando con el cuarto párrafo.

“El primer paso para acercarse a Dios consiste en conocer y creer en el amor que siente por nosotros; solamente por la atracción de su amor nos sentimos impulsados a ir a Él.

La comprensión del amor de Dios induce a renunciar el egoísmo. Al llamar a Dios nuestro Padre, reconocemos a todos sus hijos como nuestros hermanos. Todos formamos parte del gran tejido de la humanidad; todos somos miembros de una sola familia. En nuestras peticiones hemos de incluir a nuestros prójimos tanto como a nosotros mismos. Nadie ora como es debido si solamente pide bendiciones para sí mismo.

‘Que estés en los cielos.’ Aquel a quien Cristo pide que miremos como ‘Padre Nuestro,’ ‘está en los cielos; todo lo que quiso ha hecho.’ En su custodia podemos descansar seguros diciendo: ‘En el día que temo, yo en ti confío’ ”

¿Por qué cosa nos instruye a orar la lectura? Por una apreciación del amor de Dios y por un mejor entendimiento de Él: por el entendimiento correcto de lo que significa la oración del Padre Nuestro; por sabiduría para saber por qué nos dirigimos a Dios como a nuestro Padre, por qué somos miembros de una familia, y como hermanos, hijos de un mismo Padre. Por gracia para recordar orar no sólo por nosotros mismos, sino también por nuestros prójimos, y aún por nuestros enemigos.

Propiedad Literaria, 1953
Todos los Derechos Reservados
V.T. HOUTEFF

¿QUÉ ES LO QUE HACE A UNO ELEGIBLE?

*Texto de la Alocución por V. T. Houteff,
Ministro de los Davidianos Adventistas del Séptimo Día
El Sábado, 21 de septiembre de 1946
Capilla del Monte Carmelo
Waco, Texas*

Algunos hermanos me han escrito de tiempo en tiempo preguntándome acerca de lo que puede hacerlos elegibles para recibir el sello de Dios. Unos desean saber si haciendo esto o haciendo lo otro pueden ser sellados. Otros desean saber si al no hacer esto o aquello dejarán de recibir el sello.

Sin duda que las preguntas son oportunas y buenas, y tales preguntas vitales merecen respuestas tan concretas como las mismas preguntas. ¿Y quiénes pueden dar una respuesta más concreta que los que han sido delanteros a nosotros? Aquellos cuyos deberes fueron similares a los nuestros; los que pasaron por una experiencia parecida; aquellos que vijaron por el mismo camino que hoy estamos viajando; los que se estuvieron preparando para el reino como nosotros lo estamos haciendo.

¿En quiénes encontramos semejante paralelo? — En ningunos otros que en aquellos que dejaron a Egipto y partieron a la Tierra Prometida. No, en ningunos otros. Ellos son nuestro único tipo. La Inspiración dice: “*Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos.*” (1 Cor. 10: 11). Por lo tanto, sus deberes son nuestros deberes y sus fracasos deberían ser nuestros peldaños hacia el buen éxito. De esta forma las obras de los que entraron a la tierra prometida deben ser nuestras obras, y si hemos de ser

sellados, entonces las obras de aquellos quienes fracasaron en entrar allá, deben ser rehuidas por nosotros tan completa y tan rápidamente como rehuiríamos el foso de un león.

Vamos ahora a averiguar por qué algunos de ellos entraron a la tierra prometida y otros no, porque esto es lo que la Inspiración manda que hagamos. Esta escritura implica que si las experiencias del antiguo Israel no hubieran sido para ejemplo, nunca hubieran sido escritas. Cuán importante es entonces que las estudiemos diligentemente. Si, para poder saber que tenemos o que no tenemos que hacer para recibir el sello y entrar en la tierra prometida, debemos examinar las obras de ambos: los que entraron a la tierra y los que fueron dejados fuera de ella.

Empecemos nuestra investigación comenzando con Moisés, con el agente humano, el dirigente visible del movimiento. Educado en las cortes de Faraón, él recibió la más alta educación que el mundo entonces ofrecía. Y habiendo entendido que él era el que iba a libertar a sus hermanos de la esclavitud Egiptia, se sintió muy capaz para el trabajo.

Recordarán la historia de como él empezó a libertarlos aunque todavía no se le había dicho que lo hiciera. Mató a un egipcio, cayó en un pleito con uno de los hebreos y luego huyó por su vida. Así fue que en Madián obtuvo un trabajo, llegó a ser pastor y se casó con la hija de su empleador. Durante esos cuarenta años de su vida como pastor, él olvidó el idioma de los egipcios, y con ello, el conocimiento y ciencia de los egipcios. Sin embargo, en lugar de ello, aprendió a cuidar bien a las ovejas. Por lo tanto, desechó de su mente la idea de liberar al pueblo de Dios de la esclavitud egipcia. Entonces fue cuando Dios lo vio fuerte y bien capacitado y le mandó regresar a Egipto y sacar a su

pueblo acongojado. Recordarán como Moisés protestó en contra de la idea y argumentó que había fracasado en su primer intento, en el tiempo cuando era joven y bien instruido y que a aquella hora tardía de su vida él no quiso intentarlo de nuevo porque ya no podía hablar más el idioma. Después de una conversación prolongada Dios eliminó estas objeciones prometiéndole darle a su hermano Aarón, para ser su portavoz, y Moisés finalmente consintió en regresar a Egipto.

Allí con su vara de pastor obró señales y maravillas ante los egipcios y los hebreos. Y ustedes recuerdan lo que sucedió la noche de la pascua, la noche antes de que ellos salieran de Egipto. Moisés había proclamado por toda la tierra que en toda casa donde no se encontrara la sangre en los dinteles de las puertas, que esa misma noche, los primogénitos de esa casa morirían.

Al día siguiente los que desobedecieron el mandato divino estaban ocupados en lamentar y en enterrar a sus muertos, mientras que los que obedecieron la orden estaban gozosamente abandonando las ciudades. Si, sólo los que fueron capaces de obedecer órdenes fueron libertados de la esclavitud. Por lo tanto, es un requisito previo que aprendamos a obedecer órdenes si hemos de recibir el sello de Dios en nuestras frentes.

Sin embargo, no olvidemos, que los hijos de Israel dejaron Egipto con gran celo y grandes esperanzas. Pero cuando vieron ante ellos el Mar Rojo y al ejército de Faraón a sus espaldas, se llenaron de gran consternación. Ellos se vieron en una trampa de muerte aunque estaban al borde de otra gran liberación maravillosa. Entonces se volvieron a Moisés acusándole de haberlos traído al mar haciendo imposible que ellos escaparan de sus enemigos.

Humanamente viendo la situación, ellos *estaban* en una situación peligrosa. En aquel momento olvidaron la liberación milagrosa de los capataces de Faraón, y sus ojos se cegaron a la maravillosa nube de día y a la columna de fuego de noche que los había guiado por todo el camino. Como ellos vieron esto, la evidencia en contra de la capacidad de Moisés para guiarlos con seguridad fue abrumadora. De la manera como lo vieron, el proyecto entero parecía destinado a fracasar. Sus esperanzas de ir hacia adelante o aún de retroceder los abandonaron, ¡y todo porque creían que Moisés y no Dios era su libertador! Cuán cortos de vista, inconstantes, incrédulos y olvidadizos somos los seres humanos. La experiencia en la obra del evangelio me ha enseñado que el pueblo de Dios de hoy tiene ahora el mismo tentador contra el cual luchar y las mismas tentaciones que vencer si han de recibir el sello de Dios.

¡Qué gran diferencia hubiera sido si los israelitas solamente hubieran creído que Dios, y no Moisés, era su líder, que lo que a ellos les parecía ser una trampa de muerte, era sólo su puerta de esperanza! Que su experiencia nos enseñe a recordar que Dios, o nos está guiando completamente o no lo está haciendo, que sus caminos no son nuestros caminos, y que lo que parece ser nuestro mayor obstáculo, puede resultar nuestra mayor bendición.

Podemos ahora ver que el verdadero peligro de Israel no estaba en lo que Moisés hacía, sino en la incredulidad de que Dios tuviera las riendas en sus manos, en no reconocer que los caminos de Dios están más allá de lo que sabemos —contrarios a los nuestros. Fracasaron muchas veces en ver que Dios podía obrar milagro tras milagro para librarlos de la mano de sus enemigos, que Él podía secar el océano tan fácilmente como podía inundar la tierra.

Teniendo sus fracasos ante nosotros, debemos

hacer de ellos nuestros peldaños hacia el éxito. Por lo tanto, creamos con todo nuestro corazón que Dios está a cargo de nuestra salvación, de nuestras vidas y de nuestra muerte también, y que Él es capaz de liberarnos aún si la tierra cayera fuera del espacio, que no podemos morir si Él quiere que vivamos y que no podemos vivir si Él quiere que muramos. Tengamos en mente que no sabemos nada acerca de los planes de Dios excepto lo que Él nos ha dicho por medio de sus siervos señalados, los profetas, y como los presenciamos día tras día. Si diariamente caminamos con Dios, si confiamos todo a Él, entonces la responsabilidad es toda de Él.

Dios, en su sabiduría, trajo a Israel al Mar Rojo para su propio bien, y aunque no podían ver su camino, sin embargo, por causa de su nombre dividió el mar, los atravesó salvos, y a la vez ¡por el mismo milagro, destruyó a sus enemigos!

Si Moisés hubiera dudado, como el pueblo que estaba con él, del poder y liderazgo de Dios, ¿Qué efecto hubiera obtenido con su vara cuando hirió el mar con ella? –ninguno. Si el juicio del Infinito fuera lo mismo como el juicio del finito entonces el ejército de Faraón hubiera matado o esclavizado de nuevo a Israel.

Por lo tanto, sus liberaciones poderosas debieran establecer para siempre nuestra confianza en Dios, y debería permanecer como recuerdo perpetuo que la sabiduría de los hombres es locura ante Dios, y que la fe en Él verdaderamente mueve montes y océanos también.

A pesar de estos ejemplos, no obstante los hombres hoy día todavía esperan que Dios obre de acuerdo al criterio de ellos, y por esto es que algunas veces Él usa niños en su obra en lugar de

hombres sabios y prudentes.

El ejército hebreo bien sabía que ellos habían sido guiados al mar siguiendo la nube de día y la columna de fuego de noche. Sin embargo, ninguno de estos prodigios pareció haber hecho ninguna impresión duradera sobre ellos. Hay peligro en que nosotros también podamos olvidar la forma en la cual el Señor nos ha guiado.

Después que Israel cruzara el mar y después que el mar envolviera a sus enemigos en su seno, todos ellos cantaron y dieron la gloria a Dios, pero aunque el ejército de Faraón y el mar ya no fueron objetos de miedo sino de interés, sus pruebas, dudas y temores todavía no habían terminado: Casi inmediatamente después que vieron el mar atrás y el desierto adelante empezaron a recriminar a Moisés por haberlos traído al desierto para sufrir de hambre y de falta de agua. Nunca penetró en sus mentes que si Dios pudo secar el mar, podía ciertamente inundar el desierto y hacerlo florecer como una rosa. A pesar de sus dudas y sus quejas Dios de nuevo realizó un milagro aun mayor: ¡hizo que de la roca brotara agua y les trajo maná del cielo!

Hoy como en los días de Moisés muchos están duplicando los pecados de ese pueblo. Algunos están encendidos un día y al día siguiente están fríos. Otros alaban a Dios en voz muy alta mientras su barco navega suavemente, pero cuando el mar se encrespa y las olas comienzan a batirse en contra de ellos entonces ven a un hombre ante el timón, y en lugar de esperar que Dios calme el mar comienzan a buscar un lugar donde desembarcar. Además hay otros que constantemente están tratando de promoverse a sí mismos por continuas murmuraciones en contra de los que llevan la carga total. Por esto es que debe haber entre nosotros hoy infieles, que dudan, quejosos, buscadores de cargos y

murmuradores antitípicos, reconociendo una gran verdad un día y olvidándola al día siguiente –y ¡con todo esperando ser sellados con el sello de Dios y estar con el Cordero sobre el Monte de Sion!

El Señor alimentó a su pueblo antiguo con comida de ángeles, la clase que su trabajo y el clima requerían. Se les daba fresca diariamente y no les costaba ni un centavo. Todo lo que ellos tenían que hacer era traerlo a sus tiendas y comerlo. Pero no les gustó el maná, y desearon regresar a Egipto y comer las ollas de carne, “los puerros, cebollas y ajos.” A sus ojos Moisés era el mayor de los pecadores y lo culpaban por cada prueba de su fe. Si Dios les hubiera dado otra cosa en lugar del maná, habrían estado inconformes de todas maneras porque tenían en sí un mal espíritu. Comamos y bebamos con gozo y gratitud la comida que el Señor nos da para comer y cuando Él nos la da.

Recuerden que por codiciar alimento de carne hicieron la situación insoportable para Moisés. Así, para su gran sorpresa las codornices llenaron el campo y la multitud las llevó a sus tiendas. ¡Pero a qué costo! Miles de ellos murieron aun mientras la carne estaba en sus bocas. Entonces entendieron que el maná era el mejor alimento. Fue una gran lección, pero costosa. ¿Y qué de nosotros los vegetarianos?

Sin embargo, sus murmuraciones no terminaron, ellos encontraron algo más de que murmurar. Estaban celosos de Moisés y de Aarón: “Se han puesto ustedes mismos sobre la congregación del Señor.” Los buscadores de cargos se quejaban: “Nosotros somos igualmente favorecidos de Dios como lo son Moisés y Aarón. Dios habla a nosotros tanto como Él habla a ellos,” dijeron. ¿Y quiénes eran los principales murmuradores? –los príncipes de la nación, los hombres que fueron los más capaces, los

mismos que tenían un mejor conocimiento. Aquellos que podrían haber sido la mayor ayuda para Moisés llegaron a ser su mayor impedimento. Ambicionaban la posición de Aarón y codiciaban el cargo de Moisés. No querían satisfacerse con menos. ¡El Señor mismo no pudo más con ellos! La única cosa que pudo hacer fue provocar que la tierra los tragara. De esta manera en un día miles – prácticamente todos los así llamados sabios, cayeron en las entrañas de la tierra. ¿Estamos nosotros también buscando cargos por los cuales exaltar el yo y estamos también intentando usurpar la posición del Espíritu de Verdad?

Finalmente los emancipados hijos de Israel llegaron a los bordes de la tierra prometida. Y aunque ellos habían presenciado los grandes milagros a lo largo del camino, sin embargo no creyeron que Dios podía obtener la tierra para ellos. Ellos vieron como Él fue capaz de libertarlos de las ladrilleras de Faraón, de traerlos por tierra seca a través del mar para destruir a sus enemigos, darles alimento y agua en el desierto donde no había nada de que echar mano y con todo, no creyeron que Él era capaz de tomar la tierra para ellos y que podía terminar lo que había comenzado.

Hay miles hoy día que virtualmente están haciendo lo mismo cuando dicen que “Isaías, capítulo 2; Miqueas, capítulo 4; Jeremías, capítulo 31 y Ezequiel, capítulos 36 y 37 nunca serán cumplidos.” Fueron los que ya eran de edad, los que deberían haber sabido mejor, que el balón empezaba a rodar cuesta abajo hacia la destrucción. La juventud, por supuesto, debe haber hecho eco a las murmuraciones de los ancianos, pero el Señor no tomó esto en cuenta en contra de ellos. Y para salvar a la juventud, Dios tuvo que sepultar a todos sus padres murmuradores, excepto los dos fieles, hombres de confianza que protestaron en contra del mal informe que dieron los otros diez espías. Noten que cada adulto que salió de Egipto, con excepción de Caleb

y Josué, tuvieron que ser sepultados antes que los jóvenes pudieran cruzar el Jordán. ¿Por qué? Porque aunque Dios los sacó con facilidad de Egipto, no pudo sacar a Egipto de ellos. ¿Aún se preguntará por qué el profeta Elías debe “*volver el corazón de los padres a sus hijos, y el corazón de los hijos a los padres*”? (Mal. 4:6).

Los cristianos con frecuencia piensan que los israelitas eran muy malos e indisciplinados, pero después de tener sus experiencias para beneficiarnos de ellas, piensen ¡cuán peores seríamos si hacemos como ellos! Si no hacemos mejor que ellos, ¿cómo podemos esperar ser elegibles para el sello y para el Reino puesto que ellos no fueron elegibles?

En la misma flor de la vida Moisés se consideró capaz para libertar a los hijos de Israel. Pero la Providencia le dijo: “Tú no estás apto para la obra. Ven acá y Yo te capacitaré.” Así Moisés salió.

Moisés no necesitaba la educación de Faraón para hacer la obra de Dios. Era un impedimento para él. ¿Por qué? –porque lo hizo autosuficiente e independiente de Dios. Tal persona habría sido adecuada para alejar al pueblo de Dios, lejos de Él y llevarlos al pecado, e inadecuada para guiarlos a Dios y alejarlos del pecado.

¡Cuán cierta es entonces la declaración que se hace en *Testimonios para la Iglesia*, Tomo 5, p. 76: “...Pocos serán los hombres grandes que tomarán parte en la obra solemne del fin. Son autosuficientes, se han independizado de Dios y Él no puede usarlos. El señor tiene siervos fieles, quienes se han de manifestar en la hora de zarandeo y prueba.”

Dios puede ayudar sólo a aquellos que saben que son incapaces para la tarea. Aquellos que conocen que necesitan de su ayuda. Por consiguiente, los que piensan que pueden hacer maravillas son los

mismos que nada pueden hacer, sino daño.

Claramente, aquellos que Dios ha de usar en su obra final, en el tiempo del fin, no han de ser en nada parecidos al príncipe egipcio coronado, ni en nada parecidos al erudito Moisés. Los que puedan aprender como guardar y alimentar ovejas y obedecer órdenes, son los únicos que pueden ser enseñados como cuidar y alimentar al pueblo de Dios.

La esposa de Moisés era la única etíope en toda la compañía. Por esta razón algunos pensaban que eran superiores a ella. Pensaban que era un pecado imperdonable que Moisés se hubiera casado con una mujer que no era de su nación, como si la raza tuviera que ver algo en hacer a un pueblo superior o inferior. María, la misma hermana de Moisés, cayó en ese pecado. Allí ella estaba tratando de romper los lazos de su familia, sin embargo Moisés oró por su recuperación cuando fue herida de lepra.

¿Quiénes entraron a la tierra prometida? –todos, excepto los murmuradores. ¿Suponen que pueden alimentar el mismo espíritu de murmuración y de queja, y a pesar de esto recibir el sello? –¡qué pensamiento tan absurdo! Qué injusto hubiera sido para un Dios justo destruir a los desobedientes de aquel tiempo, y sin embargo salvar a los desobedientes de este tiempo.

¿Qué fue lo que hizo a un grupo elegible para cruzar el Jordán? Fue que ellos confiaron en Dios sabiendo que Él era su Líder principal. Ellos reconocían a Moisés y a Josué como aquellos por medio de quienes Dios se comunicaba con ellos. No los consideraban ser otra cosa que lo que realmente eran. Estaban contentos con su suerte. Recibieron órdenes como les fueron dadas. Por eso fueron los que entraron en la tierra.

Teniendo estos ejemplos ante nosotros, este cuadro por el cual guiarse, puedo decir con certeza si estoy dirigiéndome al Reino o si estoy yendo a las entrañas de la tierra (Apoc. 12:16). Y estoy seguro de que ustedes también pueden decir en qué dirección están dirigiéndose. El Señor no requiere de nosotros más o menos que lo que Él requirió de nuestros tipos. Por lo tanto, no hay ningún misterio en cuanto a lo que debemos y no debemos hacer para recibir el sello de Dios.

No necesitamos ir a la tierra de las maravillas, ni abrigar la idea de que debemos experimentar un sentimiento misterioso o alguna emoción excitante, no necesitamos bañarnos en el polvo o brincar hasta el techo. No, no necesitamos hacer de nosotros mismos unos necios. Todo lo que necesitamos hacer es ser nosotros mismos. Seamos tranquilos, decentes, respetables, como seres celestiales esforzándonos por cumplir la voluntad de Dios en la tierra como se hace en el cielo. No necesitamos hacer ostentación de nosotros mismos, pero si necesitamos ocuparnos en los negocios que Dios nos dio y guardarnos de entrometernos en los asuntos de los otros.

Sólo cuando hemos hecho todo para cumplir con los requisitos del mensaje para hoy, no de ayer, seremos sellados para estar con el Cordero en el Monte de Sion.

¿No debemos sentirnos felices de que mientras estamos siendo invitados al Reino, también se nos está diciendo como llegar allá? En vista de todas estas cosas, no debemos permitir nunca que nuestra confianza en Dios se desvanezca. Debemos ser estables, firmes en todo, sin faltarnos nada. Los siervos de Dios de la hora undécima, dice la Inspiración, han de ser *“un pueblo grande y fuerte: semejante a él no lo hubo jamás, ni después de él lo habrá”* (Joel 2:2). Saben lo que creen y creen lo que saben. Y lo más importante de todo, saben que son guiados por Dios y no por el hombre.

No son como los fariseos quienes construían monumentos en memoria de los profetas muertos (Mat. 23:29-31) y a la misma vez ¡mataban a los profetas vivos! Con esta luz iluminando nuestro sendero, Hebreos, capítulo 3, 4, 10 y 11 se explican a sí mismos.

La Página Sagrada

Una gloria inunda la sagrada página,
Majestuosa como el sol;
Da una luz a cada edad,
Da, pero no pide prestado nada.

El Espíritu respira por la palabra,
Y trae la verdad para ver;
Los preceptos y las promesas proporcionan
Una luz que santifica.

La mano que la dio, todavía suministra
La graciosa luz y calor;
Sus verdades suben sobre las naciones,
Suben, pero nunca caen.

Gracias sea por el eterno brillo,
De cada despliegue luminoso;
Hace que un mundo de oscuridad brille
Con los rayos del día celestial.

– Wm. Cowper

MEDITACIÓN PARA LA ORACIÓN DE APERTURA

Daré lectura en el libro *El Discurso Maestro de Jesucristo*, páginas 91-92. El capítulo tiene por título “Santificado sea tu nombre.”

“Para santificar el nombre del Señor se requiere que las palabras que empleamos al hablar del Ser Supremo sean pronunciadas con reverencia. ‘Santo y temible es su nombre.’ Nunca debemos mencionar con liviandad los títulos ni los apelativos de la Deidad. . .

“Pero santificar el nombre del Señor significa mucho más que esto. . . Se dijo de la iglesia de Cristo: ‘Se la llamará: Señor, justicia nuestra.’ Este nombre se da a todo discípulo de Cristo. Es la herencia del hijo de Dios. La familia se conoce por el nombre del Padre. El profeta Jeremías, en tiempo de tribulación y gran dolor oró: ‘Sobre nosotros es invocado tu nombre; no nos desampares’. . .

“En todo acto de la vida, debemos manifestar el nombre de Dios. Esta petición exige que poseamos su carácter. No podemos santificar su nombre ni representarlo ante el mundo, a menos que en nuestra vida y carácter representemos la vida y el carácter de Dios. Esto podrá hacerse únicamente cuando aceptemos la gracia y la justicia de Cristo.”

Dándonos cuenta de que Dios nos ha reconocido como a sus hijos ante los hombres y los ángeles, oremos para que no deshonremos el nombre “tan digno por el cual somos llamados.” Oremos para que seamos sus verdaderos representantes.

LAODICENSE O DAVIDIANO —¿CUÁL?

*Texto de la Alocución por V. T. Houteff,
Ministro de los Davidianos Adventistas del Séptimo Día
El Sábado, 28 de septiembre de 1946
Capilla del Monte Carmelo
Waco, Texas*

Esta tarde voy a contestar la pregunta: ¿Cómo puedo saber que ya no sigo siendo un laodicense, que ahora soy un Davidiano verdadero? Para discutir inteligentemente esta pregunta, primero debemos tener una descripción mental de lo que son los laodicensés y de lo que los davidianos deben ser. Daré lectura en:

Apoc. 3:14-18 - “Y escribe al ángel de la Iglesia en Laodicea: He aquí dice el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios: Yo conozco tus obras, que ni eres frío, ni caliente. Ojalá fueses frío, o caliente. Más porque eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: yo soy rico, y me he enriquecido, y no tengo necesidad de ninguna cosa; y no conoces que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo: por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio para que veas.”

¿Cuál es el mal del ángel de la Iglesia de Laodicea? —él es tibio. No está frío ni está caliente. El Señor recomienda que sea o frío o caliente, —incómodo, en busca de algo mejor en lugar de permanecer tibio, —muy contento con sus logros

espirituales, supuestamente rico y aumentado con bienes (con Verdad). No sabiendo que espiritualmente es pobre, ciego y desnudo, ha sido advertido por Aquel que lo sabe todo y le pide que se arrepienta. Si la advertencia del mismo Señor falla en hacerle cambiar de mente, entonces la única alternativa que le queda al Señor es vomitarlo de su boca.

Por las palabras, “Yo soy rico y estoy enriquecido,” el ángel de Laodicea está diciendo que tiene buen entendimiento de la Biblia y tiene los “Testimonios Para la Iglesia,” y que estas cosas lo han enriquecido. Y que en adición a éstas, tiene otras publicaciones denominacionales –su aumento. De esta manera se engaña a sí mismo que tiene toda la verdad para llevarle directo por las puertas de perlas, que no tiene necesidad de nada. Sin embargo, el consejo del Señor, que de Él compre oro refinado en fuego para que pueda ser rico, descubre el hecho de que las riquezas de los laodicenses no son “oro puro” y que su así llamado enriquecimiento no es un enriquecimiento de la Verdad, sino de interpretaciones no inspiradas sin valor, no purificadas en el fuego.

El ángel de Laodicea está también desnudo. No lleva el traje de boda –no tiene la justicia de Cristo. Y su desnudez –no teniendo ninguna ropa que lo cubra, denota que no tiene justicia con excepción de la suya propia –la justicia con la que nació –su mera piel. Además, es espiritualmente ciego y solamente el colirio del Señor es el único remedio para su mal. Si sólo tomara el consejo del Señor y aplicara el colirio a sus ojos enfermos, él entonces podría ver.

¿Qué representa el colirio? Primero veamos lo que hace que un hombre sea ciego espiritualmente. Aquel que conoce aún el número de los cabellos de nuestras cabezas, dice que si “la luz que en ti hay

es tinieblas, ¿cuántas no serán las mismas tinieblas?” (Mat. 6:23). Si la negligencia en el uso adecuado de la luz espiritual hace ciego al ofensor, entonces algo que tenga el poder para despertarlo con celo para descubrir su verdadera condición, es su único remedio. Sólo este colirio puede posiblemente abrir sus ojos. Permítame ilustrarlo concretamente:

Algunos individuos frecuentemente escriben a la oficina diciendo: “Oí tanto en contra de la ‘Vara del Pastor’ y lo que oí me llenó de un prejuicio inclemente. Pero sucedió que una vez tomé uno de sus pequeños Tratados. . . y por cortesía pensé que vería de que se trataba. Pero después de leer algunas páginas mis ojos empezaron a abrirse y leí todo el Tratado. Ahora estoy ansioso de leer el resto de sus libros. ¿Tendrá usted la bondad de enviarme toda la literatura que pueda?”

Otro incidente providencial llamó nuestra atención, vino de la lejana China: “Encontré en la calle la mitad de uno de sus Tratados (Tratado No. 13) y lo recogí, pocos días después mi esposa encontró la otra mitad del Tratado en la curva de la misma vía. Las junté y obtuve su dirección. Estoy profundamente interesado en el contenido y ansiosamente estoy esperando saber de usted ¿Podría usted decirme todo lo que me ayudará a encontrar mi felicidad?”

Estos hermanos buscadores de la verdad claramente representan los que pueden rescatarse de su laodiceanismo. Sus experiencias ilustran bien que el “colirio” representa la Inspiración oportuna de la Verdad.

Ahora permitanme decirles de otra clase de individuos de los que con frecuencia oigo. Escuchen lo que dicen: “Favor de guardar su “Vara” para usted mismo, borre mi nombre de su lista. No me intereso lo más mínimo en lo que usted está haciendo. Tan pronto como llegan sus Tratados los arrojo

al fuego. Nunca los leo y no los leeré jamás, no, ni una línea de ellos. Estoy satisfecho [tibio] con mi religión. Pertenezco a la iglesia remanente verdadera y espero irme con ella. ¿Cómo se atreve usted a tratar de engañarme?”

Otro dice: “Favor de no mandarme más su literatura, estoy satisfecho con mi propia manera de pensar.”

Esta manera de expresarse es propia de los laodiceos y muestra perfectamente su tibieza. Sin embargo el Señor está en contra de su actitud. ¿Hay algo que pudiera cortar más rápida y completamente la línea de comunicación de uno para con Dios para siempre que una actitud de tener toda la Verdad y de no tener necesidad de ninguna cosa más? Si el lenguaje en las cartas que acabo de leerles no dice, “Soy rico y no tengo necesidad de nada,” entonces, ¿qué más lo podría decir?

Este grupo de laodiceos nunca, nunca abrirán su ojos, nunca serán otra cosa que desventurados, miserables, pobres, ciegos y desnudos. Ellos nunca podrán ser alcanzados por el cielo, no, ni aún por el mismo Señor. Si siguen así, entonces la única cosa que Cristo puede hacer es vomitarlos de su boca, nunca más mencionar sus nombres ante el trono de la gracia. Cualquier cosa nueva que es sacada de la Biblia por otro, aparte de ellos, aunque pretenda ser por la Inspiración, rápidamente lo llaman “engaño,” aunque ellos ya están en un terrible autoengaño. Leen la Biblia con la esperanza de encontrar prueba con la cual estar en desacuerdo con todo, menos con ellos mismos.

Permítanme ilustrarlo: supongamos que voy al banco a depositar un millón de dólares, y que seriamente creo que soy un millonario. Pero el banquero me dice “su dinero es falso,” y supongamos

que no tengo otro. ¿Qué tan rico sería entonces? Yo sería tan rico como el ángel de Laodicea. Semejante experiencia que abra sus ojos es la que los laodiceenses necesitan. A menos que algo como esto les suceda, siempre estarán creyendo que son ricos y sin necesidad de nada. Algún día, no muy lejano, el mismo Atalaya celestial les dirá cara a cara que su oro no está purificado en fuego. Entonces sus ojos serán abiertos, pero será demasiado tarde para que les haga algún bien.

Lo que ellos están viendo ahora a la distancia, de seguro les parece estar en el “mar de vidrio.” Pero cuando lleguen al fin de su camino y miren de cerca, con dolor indescriptible y con voz temblorosa ellos clamarán: “¡espejismo, espejismo! ¡No es el mar de vidrio!” Entonces estarán ansiosos de conocer la verdad y pagarán cualquier cosa para obtenerla, pero será demasiado tarde. Para decirlo de otra manera, sólo llegarán a la puerta para oír la Voz decir de adentro, “No os conozco.” (Mat. 25:12).

Por los rasgos fisonómicos de una persona, podemos ser capaces de identificar su raza, e igualmente podemos juzgar la profesión de una persona por la clase de ropa que usa. Si un individuo viste ropa fina, y no está sobrecargado de todas las cosas que pudiera ponerse, sabremos que este es un hombre de negocios. Si la persona está vestida con ropas no muy finas y cuelga sobre sí toda prenda posible, entonces le juzgaremos como una persona extravagante [ridícula]. Si está vestido con overoles [traje de trabajo para proteger la ropa regular], le juzgaremos como un obrero. Si está vestido de otra manera, le juzgaremos como un oficinista o profesional. Pero si él no usa ninguna vestimenta, entonces nadie sino Dios puede decir qué es. El tal es un laodicense.

Ahora, si el vestido blanco representa la justicia de Cristo, entonces si alguno no lleva ningún

vestido, está desnudo, ¿la justicia de quién tendría él? –la justicia propia, sólo la piel con la que nació. La desnudez laodicense representa exactamente eso pero no lo saben. En todos los aspectos me doy cuenta que esto dice mucho, pero esto no es decir demasiado, pues es el Señor quien lo dice.

Él invita a los laodicensés a que compren de Él oro, la clase que está refinada en fuego (Verdad inspirada), para que sean verdaderamente ricos. Los invita a que se vistan el vestido de boda para que no sean arrojados a las “tinieblas de afuera,” donde será el lloro y el crujir de dientes. Si ellos no aceptan ahora su invitación –si, ahora –sin duda será expuesta su desnudez y así sentirán vergüenza.

Si usted hace lo contrario a lo que los laodicensés hacen, entonces por supuesto no será aún un laodicense. Y también es fácil saber si es usted davidiano o no. Para saber si usted es un davidiano, debe saber primero lo que es un davidiano. Bueno, brevemente diremos que un davidiano es reconocido por su vestimenta, por el lugar del cual la adquiere y por lo que da a cambio de ella. El profeta Zacarías explica:

Zac. 3:1-4 - “Me mostró al sumo sacerdote Josué, el cual estaba delante del ángel del Señor, y Satanás estaba a su mano derecha para acusarle. Y dijo el Señor a Satanás: el Señor te reprenda, oh Satanás; el Señor que ha escogido a Jerusalén te reprenda. ¿No es éste un tizón arrebatado del incendio? Y Josué estaba vestido de vestiduras viles, y estaba delante del ángel. Y habló el ángel, y mandó a los que estaban delante de él, diciendo: Quitadle esas vestiduras viles, y a él dijo: Mira que he hecho pasar de ti tu pecado, y te vestiré con ropas de gala.”

El primero a quien fueron dadas las vestiduras fue a Josué, el sumo sacerdote, el oficial más alto de la Iglesia. Si él no tiene las vestiduras, entonces ninguno las tiene tampoco. De esto vemos que un reavivamiento y reforma genuinos comienza por la cabeza y no por los pies, y que antes de que a uno se le de el derecho de ponerse el vestido, su iniquidad es quitada, —se arrepiente de sus pecados y el Señor los borra. No obstante que Satanás está allí para resistirle y acusarlo, pero, gracias a Dios, el Señor también está allí para reprender al enemigo. ¿Hermano, hermana, comprende la lección? Mientras están consiguiendo el vestido tendrán que enfrentar fuerte oposición. Pero ¿qué importa? ¿Es mucho el que permanezcamos firmemente por causa de la verdad y la justicia cuando la mayoría nos está abandonando? ¿Y de qué otro modo llegará a ser un héroe para Dios? (Léase Mat. 5:10-12).

Los apóstoles y los profetas no solamente soportaron oposición de sus propios hermanos, sino que aún murieron alegremente por causa de sus vestiduras blancas. Sin embargo, a ustedes no se les pide ahora que rindan sus vidas, sino salvarlas. Los “papeles” ahora se han invertido. El Señor no permitirá que ustedes sean consumidos por el fuego. Él ha de rescatarlos como a un “tizón arrebatado del incendio.”

De aquí vemos que las ropas sucias del Josué de hoy están siendo cambiadas por mantos blancos — Por la justicia de Cristo.

Zac. 3:5 - “Después dijo: Pongan mitra limpia sobre su cabeza. Y pusieron una mitra limpia sobre su cabeza, y le vistieron las ropas. Y el ángel del Señor estaba en pie.”

No sólo fue vestido de ropas blancas, sino que también fue coronado con una mitra limpia. ¿Y qué cosa puede significar esta corona sino la autoridad

con que fue investido como un gobernante señalado por el cielo? y como tal él está vestido desde su cabeza hasta sus pies, “y el ángel del Señor estaba en pie.” ¡Qué regalo! ¡Y qué guardia de honor para uno estando en un mundo como el nuestro! A pesar de esto, los seres humanos son muy lentos y vacilantes en tomar su posición al lado del Señor. La mayoría prefiere depender del hombre.

Zac. 3:8 - “Escucha pues, ahora, Josué sumo sacerdote, tú y tus amigos que se sientan delante de ti, porque son varones simbólicos [“maravillosos” en Inglés]; He aquí, yo traigo a mi siervo, el Renuevo [Vástago o Rama] .”

No solamente Josué, sino también los que se sientan ante él (la congregación) son amonestados a que escuchen este mandato. ¿Y qué clase de hombres son estos? –Hombres “maravillosos.” Este simbolismo muestra que al tiempo del cumplimiento de esta escritura, el ángel de la Iglesia de los laodicenses no tiene ya bajo su cargo la casa del Señor, y que el pueblo de Dios ha de estar compuesto enteramente de ¡hombres maravillosos!

Es obvio entonces, que como resultado de este reavivamiento y reforma en la Iglesia de Laodicea surge otra iglesia, de la cual Josué y no el ángel de Laodicea está a cargo. En ella no ha de haber “cizaña” (Mat. 13:30), ni “mal pescado” (Mat. 13:47,48), ni “cabritos” (Mat. 25:32). La iglesia de Laodicea, la séptima, es la última que está mezclada con los hipócritas, santos y pecadores.

¿Quién ha de traer este reavivamiento y reforma, este gran cambio? –El RENEVO. Y de acuerdo con Isaías 11:1-5, el Pimpollo o Vástago es el Señor, el hijo de David. Leamos ahora:

Zac. 3:9 - “Porque he aquí aquella piedra que puse delante de Josué; sobre esta única piedra

hay siete ojos: he aquí, Yo grabaré su escultura, dice el Señor de los ejércitos, quitaré el pecado de la tierra en un día.”

Los que están sentados ante Josué son “hombres maravillosos.” Como tales son representados por la “piedra” (Iglesia o Reino) que está a la vista de Josué. Tiene siete ojos –visión perfecta. Cuando esta purificación de la iglesia se efectúe entonces el pecado en la tierra es quitado rápidamente –“en un día.”

Aquí se ven un reavivamiento y una reforma genuinos acompañados por la purificación de la Iglesia. El Señor ha de tener una iglesia pura y un pueblo limpio.

Zac. 3:10 - “En aquel día, dice el Señor de los ejércitos, cada uno de vosotros convidará a su compañero debajo de su vid, y debajo de su higuera.”

“En aquel día,” en el día que esta purificación acontezca, la obra del evangelio ha de ser terminada pronto porque cada miembro de la casa del Señor llamará a su vecino a su propio terreno, el que Dios ha ordenado de antemano que tenga cada uno. Por lo tanto, cada miembro ha de ser un misionero en una capacidad o en otra. Esto es realmente un movimiento laico que terminará la obra del evangelio.

La declaración, “Cada uno llamará a su compañero debajo de la vid y debajo de la higuera,” se encuentra también en Miqueas 4 y enseña la misma lección que Zacarías.

Sin embargo, este tema no termina en Zacarías tres, sino que continúa más adelante.

Zac. 6:11 - “Tomarás, pues, plata y oro, y harás coronas, y las pondrás en la cabeza del sumo sacerdote Josué, hijo de Josadac.”

Se le ordena al ángel tomar plata y oro, y hacer coronas –no una, sino más de una. Estas son puestas en la cabeza de Josué.

Zac. 6:14 - “Las coronas servirán a Helem, a Tobías, a Jedaías, y a Hen, hijo de Sofonías, como memoria en el templo del Señor.”

El versículo 14 revela que Josué ha de pasar las coronas a sus ayudantes que el mismo Señor nombra. Esto ha de ser un memorial, un recuerdo eterno en el templo del Señor.

¿Qué puede significar todo esto? – Exactamente lo que es: Josué es el juez nombrado por el cielo. Él mismo ha sido coronado como tal. Y en respuesta al mandato del Señor, Josué corona (autoriza) a sus ayudantes nombrados por el mismo Señor. En otras palabras, como miembros de “la casa de David,” Josué los autoriza para emplearse en la obra. Así Josué es responsable ante el Señor, pero sus ayudantes son responsables ante Josué. Aquí se ve una organización teniendo un Líder y un sub-líder –el Señor y Josué. De esta forma todo lo que es atado en la tierra, es también atado en los cielos (Mat. 16:19).

Tan concretamente como el cielo puede hacerlo, este simbolismo describe que el pueblo de Dios no tiene que obrar con propósitos antagónicos en esta obra final. Todos han de hablar la misma cosa. Así es que sus atalayas “Alzarán la voz, juntamente darán voces de júbilo; porque ojo a ojo verán que [“cuando” en Inglés] el Señor vuelva a traer Sion.” (Isa. 52:8). Entonces su pueblo será llamado “Pueblo Santo,” Redimidos del Señor, “Ciudad

Buscada y no desamparada” (Isa. 62:12).

Zac. 6:12 - “Y le hablarás, diciendo: Así ha hablado el Señor de los ejércitos, diciendo: He aquí el varón cuyo nombre es el Renuevo el cual brotará de sus raíces, y edificará el templo del Señor!”

Josué estaba bien instruido de que el cargo y el ingenio para construir este templo espiritual, pertenecen a Aquel cuyo nombre es el “RENUEVO.” Él ha de crecer de su lugar. A Él sea la gloria. Él sólo ha de ser exaltado. Él ha de construir el templo del Señor.

Zac. 6:13, 15 - “Él edificará el templo del Señor, y Él llevará gloria, y se sentará y dominará en su trono, y habrá sacerdote a su lado; y consejo de paz habrá entre ambos.”. . . “Y los que están lejos vendrán y ayudarán a edificar el templo del Señor, y conoceréis que el Señor de los ejércitos me ha enviado a vosotros. Y esto sucederá si oyeréis obedientes la voz del Señor, vuestro Dios.”

Así se cumplirán las profecías de Isaías de los capítulos dos y cuatro y también el capítulo cuatro de Miqueas.

Finalmente, ¿cómo sabemos con certeza que este mensaje fue planeado y registrado especialmente para la iglesia de hoy? –Lo sabemos por el hecho de que la revelación de estas Escrituras está ahora, como nunca antes, revelada y proclamada. Su proclamación revela ahora que el Señor está tomando “las riendas en sus propias manos” (*Testimonios para los Ministros*, p. 300); que el tiempo de la purificación de la iglesia (el Juicio de los vivos en la casa de Dios –1 Ped. 4:17) está cerca (*Testimonios para la Iglesia*, Tomo 5, p. 76); que los purificados, los 144,000 (el trigo) –Apoc. 14:1 han de ser puestos en el granero (Mat. 13:30), ya no más mezclados con la cizaña; y que una multitud

innumerable de todas las naciones (Apoc. 7:9), ha de ser traída a la casa del Señor (Isa. 66:19, 20).

Ahora usted puede contestar por sí mismo la pregunta de si usted es un davidiano o si todavía sigue siendo un laodicense. Si usted está satisfecho consigo mismo, con sus logros espirituales, con su programa del evangelio hecho por el hombre; si piensa que el Señor le está hablando por cada cosa que “retiñe” en su mente; si usted cree que tiene toda la verdad y que no tiene necesidad de nada más; si usted cree que todo el que no tenga su visto bueno de aprobación en sus creencias, es falso profeta, y si está en un constante temor de que alguno está tratando de engañarlo porque le enseña algo nuevo, si usted nunca piensa en la posibilidad de que pueda estar dando un portazo en la cara al portador de la verdad que puede traer el “colirio” del Señor y el “vestido de boda” –si usted hace todas o parte de estas cosas, usted debe ser un muy buen laodicense y no un davidiano.

Pero si usted está consciente de que sus ropas están sucias y de que su iniquidad no ha sido borrada; si usted se da cuenta de que tiene que ir por los caminos de Dios como Él lo establece por medio del Josué de hoy día; si está de parte de Dios y no de parte de sí mismo o del mundo, entonces, por supuesto, o usted es o está comenzando a ser un davidiano. Si usted no ha logrado todo esto, debe asegurarse que lo haga; y si ya lo ha logrado entonces continúe avanzando en la luz, y con seguridad, finalmente usted estará en el Monte de Sion con el Cordero.

Ahora tome el consejo del Señor, y no sea más como un trozo de corteza llevado por el mar con cada viento de doctrina.

“. . .En el mensaje a los laodiceses, los hijos de

Dios son presentados en una posición de seguridad carnal. Están tranquilos, creyéndose en una exaltada condición de progreso espiritual. . .

“¡Que mayor engaño puede penetrar en las mentes humanas que la confianza de que en ellos todo está bien cuando todo anda mal! El mensaje del Testigo Fiel encuentra al pueblo de Dios sumido en un triste engaño, aunque crea sinceramente dicho engaño. No sabe que su condición es deplorable a la vista de Dios. Aunque aquellos a quienes se dirige el mensaje del testigo fiel se lisonjean de que se encuentran en una exaltada condición espiritual, dicho mensaje quebranta su seguridad con la sorprendente denuncia de su verdadera condición de ceguera, pobreza y miseria espirituales. Este testimonio tan penetrante y severo no puede ser un error, porque es el Testigo Fiel el que habla y su testimonio debe ser correcto.” —*Joyas de los Testimonios*, Tomo 1, pp. 327, 328.

No tenemos el derecho de juzgar a un hombre
Hasta que él sea imparcialmente probado;
Si no nos agrada su compañía,
Nosotros sabemos que el mundo es amplio.
Algunos pueden tener faltas —¿y quién no las tiene?
El viejo así como el joven;
Quizás podamos, pero algo sabemos,
Existen cincuenta por cada uno.

—Joseph Kronthal

Confianza y Obediencia

Cuando caminamos con el Señor
En la luz de su Palabra
¡Qué gloria Él arroja sobre nuestro camino!
Mientras hacemos su buena voluntad
Él aún espera por nosotros
Y con todo, ¿quién confiará y abedecerá?

No llevaremos una carga
Ni un pesar compartiremos
Sino nuestro afán que Él ricamente pagará
No un dolor, no una pérdida,
No un desagrado, no una cruz
Pero es bendito, si confiamos y obedecemos.

Pero nunca podremos probar
Las delicias de su amor
Hasta que todo lo coloquemos sobre el altar.
Sin embargo, el favor que Él muestra
Y el gozo que Él concede
Son para aquellos que confían y obedecen.

—J.H. Sammis

Universal Publishing Association

P.O. Box 93752

Pasadena, CA. 91109 - 3752

upa.2014@yahoo.com

Re-impreso en el 2014



Impreso en los Estados Unidos de América